

Miré de nuevo detenidamente ambos textos:

«Zeltia 607...»

«Nos vemos el próximo verano».

Redondeada, inclinada levemente hacia la derecha. Era una letra bonita y la tinta de color azul. Obviamente, la de la postal estaba un poco más descolorida.

Giré la postal, tratando de buscar respuestas en la imagen de la urbanización.

Me quedé un momento abstraído, imaginando cómo sería la actividad cuando estaba nuevo, hasta que reparé en el número de contacto.

¿Y sí...?

Cogí el smartphone y marqué el número.

—El número marcado no existe.

Lógico, ¿cómo iba a funcionar si la numeración ya no tenía ese formato?

¿Y si añadía el prefijo actual provincial? De esa manera tendría el formato adecuado.

Marqué los números uno a uno analizándolos, me dio un pequeño pálpito el corazón.

Pulsé el botón de marcado.

Silencio.

Se oyó un chasquido y la llamada se cortó.

Igual no lo marqué bien —pensé.

Volví a marcar el número completo.

Se volvió a escuchar un chasquido y la llamada se cortó.

Me levanté de golpe. Cogí las llaves y salí sin pensármelo dos veces.

Clic de llaves, rugir de motor. En la radio *Highway to Hell*.

El tráfico fue amable y la ruta la hice más rápido de lo habitual y, sí, siempre respeto los límites de velocidad, o casi siempre.

El polígono estaba vacío y el laboratorio sumido en bastante oscuridad. Una pequeña niebla que se había levantado le daba un toque misterioso.

Me reí para mis adentros. Aquí es cuando matan al protagonista, pensé en tono jocoso ante un ambiente de aspecto fantasmal.

Los fines de semana no está el personal de seguridad, está todo controlado remotamente en caso de necesidad.

Pasé mi tarjeta y el lector encendió el LED en color verde, tiré de la puerta y entré. Estaban todas las luces apagadas. Subí hasta nuestra sala de pruebas.

Encendí una pequeña lámpara y empecé a buscar entre el material de la sala.

No lo encontraba. Tenía que bajar hasta el almacén.

Bajé las escaleras todo lo deprisa que pude. No quería estar mas de lo necesario en un día que no debería estar ahí.

Al bajar no se veía muy bien, encendí la luz del móvil alumbrando el pasillo. Buscaba el letrero de la puerta.

La luz se reflejó en la cámara de seguridad de la esquina del pasillo y unos metros adelante lo encontré.

Almacén I.

Pasé la tarjeta sobre el lector y el LED se encendió en rojo.

Miré la tarjeta, le di la vuelta y la froté contra el pecho.

Volví a pasar la tarjeta, el LED se encendió en verde.

Seguí iluminando la habitación, llena de estanterías metálicas hasta el techo.

Polvareda en el ambiente y cajas por muchos lados. Fui recorriendo los diferentes pasillos de estanterías.

No estaba seguro de que lo que buscaba estuviera allí, pero en alguna ocasión lo habíamos empleado en alguna prueba.

Me quedé parado mirando una de las estanterías con diversos dispositivos antiguos hasta que lo vi asomando por una caja de cartón vieja que no estaba muy bien cerrada.

Un teléfono analógico.

Volví a subir a la sala de pruebas todo lo rápido y disimuladamente que pude. En mi mente improvisaba una explicación coherente si alguien revisaba las imágenes de seguridad.

—Una prueba que había que hacer de noche...

—Una emergencia técnica...

No se me ocurría ninguna buena idea, pero ya había llegado a la sala de pruebas.

Busqué la clavija de la línea analógica que tenemos para los diferentes tests y aunque estaba en desuso aún manteníamos.

Revisé los cables y conecté el teléfono.

Descolgué, daba tono.

Saqué la postal de bolsillo y marqué el número de teléfono.

—El número marcado no existe.

El prefijo, cierto, volví a marcar.

Se oyó un chasquido y la llamada se cortó.

Volví a marcar.

Dio tono de llamada. Mi corazón se aceleró.

Al segundo tono se cortó.

Colgué el auricular y me quedé unos segundos mirando el teléfono.

Era una idea absurda, ¿cómo iba a funcionar? Sería un error de la conexión.

Ring, ring, ring.

Empalidecí, el teléfono estaba sonando.
